

marca se trasladó al sagrado lugar con los nobles de su palacio, y mandó edificar un templo en el *Campo del Apóstol* (que desde entonces, acaso de *Campus Apostoli*, se denominó *Compostela*), y le asignó para su sostenimiento el territorio de tres millas en circunferencia. Posteriormente le hizo merced de una preciosa cruz de oro, copia, aunque en pequeño, de la de los Angeles de Oviedo, y empleando la buena amistad en que estaba con Carlo-Magno, le rogó impetrase del papa Leon III el permiso para trasferir la sede episcopal de Iria á la nueva iglesia de Compostela. Hízolo así el pontífice, que con este motivo escribió una carta á los españoles.

Pronto se difundió por las naciones cristianas la noticia de la invención del santo sepulcro y de los milagros del Apóstol, y multitud de peregrinos acudían ya á mediados del siglo XI, á visitar el santuario de Compostela (1).

Atento el monarca, no solo á los asuntos de interés religioso, sino también á los civiles y políticos de su reino, adicto á las costumbres y gobierno de los godos, que vivían en su memoria, restableció el orden gótico en su palacio, que organizó bajo el pie en que estaba el de Toledo antes de la conquista; promovió el estudio de los libros góticos, restauró y puso en observancia muchas de sus leyes, y llevó á la Iglesia su antigua disciplina canónica (2); que fué un gran paso hácia la reorganización social del reino y pueblo cristiano.

No amenguaron por eso las dotes de guerrero que desde el principio había desplegado. En las expediciones que Abderrahman II, sucesor de su padre Alhakem en el imperio musulmán, hizo por sí ó por sus caudillos á las fronteras de Galicia, encontraronle siempre los infieles apercebido y pronto á rechazarlos con vigor. Hácia los últimos años de su reinado un caudillo árabe, Mohammed ben Abdelgebir, que en Mérida se había insurreccionado contra el gobierno central de Córdoba, acosado por las victoriosas armas del emir, hubo de buscar un asilo en Galicia, que el rey Alfonso le otorgó con generosidad dándole un territorio cerca de Lugo, donde pudiesen vivir él y los suyos sin ser inquietados (833). Corresponde mas adelante el pérfido musulmán con negra ingratitud á la generosa hospitalidad que había debido á Alfonso, y tan desleal al rey cristiano como antes lo había sido á su propio emir, alzóse con sus numerosos parciales y apoderóse por sorpresa del castillo de Santa Cristina, dos leguas distante de aquella ciudad (838). Voló el anciano Alfonso con la rapidez de un joven á castigar á sus ingratos huéspedes, y despues de haber recobrado el castillo que les servía de refugio, los obligó á aceptar una batalla en que pereció el traidor Mohammed con casi todos sus secuaces (3). Alfonso regresó victorioso á Oviedo por última vez.

Este fué el postrer hecho de armas del rey Casto, sin que ocurrieran otros sucesos notables hasta su muerte, acaecida en 842, á los cincuenta y dos años de reinado, y los ochenta y dos de su edad. Sus restos mortales fueron depositados en el panteón de su iglesia de Santa Maria. Aun se conserva intacto el humilde sepulcro que encierra las cenizas de tan glorioso príncipe.

Los monjes de los monasterios de San Vicente y San Pelayo iban diariamente en comunidad á orar sobre los restos del rey Casto, y aun conserva el cabildo catedral la costumbre de consagrarle anualmente un solemne aniversario. Su memoria vive en Asturias como la de uno de los mas celosos restauradores de su nacionalidad.

(1) Chron. Iriens.—Samp. Chron. Esp. Sagr. t. 19. Apend.—Privilegio de donac. de la catedral de Santiago.—Hist. Compostela.—Baluz. Colección de cartas de los papas.—Son muy varias las opiniones acerca del año de la invención del sagrado cuerpo. Morales y el marqués de Mondéjar suponen fuese en agosto de 835: Ferreras pretende haber acontecido en 808. Por la fecha del diploma del rey Casto, y mas aun por la circunstancia de haber intervenido Carlo-Magno en este asunto, debió de todos modos suceder antes de 814.

(2) Chron. Albeld. n. 58.

(3) Id. ibid.—El cronista de Salamanca, tan propenso á exagerar el número de enemigos que morían en cada encuentro, hace subir el de este combate á 80,000. Chron. n. 22.

CAPÍTULO IX

La España cristiana en el primer siglo de la reconquista

DE 718 Á 842

Marcha y desarrollo del reino cristiano de Asturias.—Cómo contribuyó á él cada monarca.—Bases sobre que se organizó el Estado.—Tradiciones góticas.—Orden de sucesión al trono.—Navarra.—Conducta de los navarros con los musulmanes y con los francos.—Dos ejemplos de odio á la dominación extranjera en Navarra y en Asturias.—Marca Hispánica.—Origen y carácter de la organización de este Estado.

Ha pasado mas de un siglo de lucha entre el pueblo invasor y el pueblo invadido. Reposemos un momento para contemplar cómo vivió en este tiempo cada una de las dos poblaciones.

¿Cuál era la vida social de ese pobre pueblo cristiano, que ó se salvó de la inundación, ó pugnaba por recobrar su existencia? ¿Cuál era su organización, sus leyes, sus instituciones, sus artes, sus ejércitos? Ejércitos, artes, instituciones, leyes, todo había perecido ahogado por las desbordadas aguas del torrente. Al abrigo de una roca, que era como el Ararat del nuevo diluvio, y entre riscos y breñas moraba un puñado de hombres, pobres náufragos, sin riquezas, sin ciudades, sin gobierno regularizado, que poseían por todo tesoro un corazón ardiente, los símbolos de su fe, y los recuerdos de una sociedad que había desaparecido. Unidos con el doble lazo de la religión y del infortunio, estrechados con el lenguaje elocuente y fraternizador de la fe y de la desgracia, la necesidad les obliga á cobijarse en una cueva. Decretado estaba que de aquella gruta había de salir un poder que dominara mundos que entonces no se conocían. También el cristianismo nació en una gruta de Belen para desde allí derramarse con el tiempo por toda la tierra, lentamente y á fuerza de siglos y contrariedades como la monarquía española. Belen y Covadonga.... una gruta para el cristianismo naciente, otra gruta para el cristianismo perseguido; en ambas se ve una misma Providencia. Todos los grandes acontecimientos suelen semejarse en la pequeñez de sus principios.

Veíanse precisados á pelear, y aquellos animosos montañeses, teniendo por ciudadela una gruta, rocas por castillos, peñascos por aríetes, y troncos de robles por lanzas, vencen, arrollan, aniquilan á los vencedores de Siria, de Persia, de Egipto, de Africa y de Guadalete, y empieza á pregonarse por el mundo que el estandarte de Mahoma ha sido por primera vez abatido en un rincón de España. En los tiempos mitológicos se hubiera creído ver realizada la fábula de los Titanes: eran tiempos cristianos, y se llamó milagro la maravilla. El vencedor como caudillo supo ser prudente como rey, y Pelayo se limitó á guardar y conservar su pequeño Estado. Ni el rey capitán, ni el pueblo soldado podían hacer otra cosa que cultivar para vivir y organizarse para defenderse. Es la sociedad cristiana que renace como una planta nueva al pie de la añosa encina derribada por el huracán. En la grosera reorganización de la nueva sociedad entraban como principal elemento las tradiciones y recuerdos de la sociedad que había perecido. La razón nos enseña, aunque la historia no lo diga, cuán imperfecta tenía que ser la forma de su gobierno.

Tampoco la historia nos dice otra cosa de Favila, sucesor de Pelayo, sino que murió en una partida de caza. Una fiera le devoró, como si hubiera querido avisar á sus sucesores que mas que de distraerse en ejercicios de montería era tiempo ya de emplear el venablo contra los enemigos exteriores.

Hízolo así Alfonso I, príncipe cual convenia entonces á los cristianos, guerrero y devoto. Como guerrero, sale á enseñar á los musulmanes que los soldados del cristianismo no tienen solo fe viva en el corazón, sino también robustas diestras para manejar la espada: pasea el estandarte de la cruz de uno á otro confín de la Península; destruye, incendia, degüella y cautiva. Como devoto, restablece iglesias, repone obispos, y funda y dota monasterios. Muere, y el pueblo cree oír armonías celestiales sobre su tumba: son los ángeles, dice, que anuncian que las puertas de la gloria se abren para recibir á Alfonso el Católico.

CRUZ LLAMADA DE LOS ÁNGELES

Este extraño y magnífico monumento presenta el resultado de la confusión de los siglos, de la confusión de los pueblos y de la confusión de la civilización. En tiempo de los romanos fué el templo de Jano; despues de la expulsión de estos, los godos alzaron en su recinto una catedral cristiana; llegó la irrupción de los árabes y se convirtió en mezquita, y cuando estos perdieron su renombrada capital, volvió á ser catedral cristiana. Tantas metamorfosis han producido un monumento extraordinario, original, sin copia.

La mezquita había sido hecha por Abderraman en el siglo VIII: mas tarde los cristianos extendieron el edificio, y levantaron el pavimento cubriéndolo de ladrillos, así es que la base de las columnas está enterrada bajo el grosero suelo, haciendo perder su elegancia á la parte superior del templo. La iglesia tiene 620 piés de largo con 29 naves y 450 de ancho con 19: las sostienen cerca de 1,000 columnas, todas de mármoles y jaspes preciosos, de pié y medio de diámetro por 35 de elevación, altura muy pequeña para una catedral, pero que denota su primitivo destino. El edificio entero presenta un gran cuadro, uno de cuyos lados da á un inmenso claustro que parece un patio. Bajo el pavimento de piedra de este patio hay una gran cisterna abovedada. Dicho claustro es una de las grandes curiosidades de la catedral de Córdoba; es el que sirve de vestíbulo al templo, el famoso patio de los naranjos, donde se ven estos preciosos árboles de un diámetro y una antigüedad sorprendentes: diríase que son contemporáneos de los reyes moros, que se complacieron en ponerlos á la puerta de sus mezquitas para perfumar con las suaves y deliciosas emanaciones del azahar la entrada del templo de Alá.

Desde este bosque de naranjos se entra en el bosque de mármol, pues tal parece el interior de la iglesia, que mas que templo, se asemeja á un parterre oriental. Figurémonos una explanada adornada con 960 columnas antiguas poco elevadas, sosteniendo un doble orden de arquillos arabescos, primorosamente calados, y tal es el aspecto que á primera vista presenta la catedral de Córdoba. En medio de este laberinto de columnas se levanta la media naranja, cúpula elegante, pero enteramente extraña á la arquitectura del edificio, y del género moderno, pues fué construída en tiempo del emperador Carlos V: los arcos de forma morisca que la sostienen son de una grande elevación y maravilloso atrevimiento, con adornos de esculturas finísimas y preciosos mosaicos.

El altar mayor es también obra del tiempo de Carlos V. Las puertas que dan entrada á la catedral son 17, todas cubiertas de esculturas de exquisito trabajo. Cerca de la media naranja está el coro de los canónigos, cuya sillería es una obra maestra del arte escultórico: en cada silla se ve representado un asunto del Antiguo Testamento, y el artista cordobés, Cornejo, que la construyó, invirtió diez años en este trabajo.

Por toda la catedral hay capillas en gran número, pero la que mas llama la atención es una puramente morisca, en la que se han conservado cuidadosamente todos los adornos y arabescos en el mismo estado en que los dejaron los moros; á esta capilla, enteramente musulmana, solo se ha añadido un altar y una tumba; está llena de inscripciones árabes, y segun se dice, en ella se conservaba uno de los originales del Alcoran, escrito en tiempo de Mahoma.

Desde cualquier punto que se contemple esta catedral, se ve un cuadro pintoresco, animado, original é iluminado como por encanto, porque recibe la luz por una multitud de pequeñas cúpulas que dan al edificio una fisonomía puramente oriental, poética. Una de las curiosidades que se enseñan al viajero es una cruz esculpida en una de las columnas, llamada la Cruz del cautivo, de la cual se refiere que un esclavo cristiano, atado con las manos á la espalda en tiempo de los moros, la hizo sobre el mármol sin mas instrumento que sus uñas: está conservada con una pequeña verja de hierro que la rodea.

La catedral de Córdoba está muy distante de ser lo que la de Sevilla ó Burgos; pero si no tiene tanta novedad y magnificencia, tiene en cambio la fisonomía extraordinaria y singular que le da el haber sido templo del paganismo, templo de los cristianos, mezquita de los árabes y otra vez morada del verdadero Dios.



CRUZ LLAMADA DE LOS ANGELES

regalada por Don Alfonso I el Católico a la Catedral de Oviedo donde se conserva actualmente.